

Andrés Cegarra Salcedo

ANTOLOGÍA de
URGENCIA

Bodas de Oro con la Muerte

1928 - 1978



EL OPTIMISMO TRUNCADO DE ANDRÉS CEGARRA

Increíble parece, para el que en estos años setenta se acerca a estudiar la personalidad de los que hicieron Verso y Prosa y, de antemano, no conoce figura tan singular como la de Andrés Cegarra Salcedo, lo que de él nos cuentan su hermana María, Carmen Conde, Antonio Oliver, José Rodríguez Cánovas y, modernamente Alemán Sainz, que del escritor se han ocupado en distintas ocasiones. Y no es porque dudemos de lo que es sabido de todos, sino porque nuestra admiración ante esa voluntad férrea frente al dolor y la muerte, frente a un inevitable destino, que poco a poco va mermando las facultades de una naturaleza joven, no deja lugar a un mecánico sentimiento de credulidad.

Andrés Cegarra Salcedo, el escritor nacido en La Unión en 1894 y muerto en 1928, es otro de los firmes apoyos de la empresa literaria que nos ocupa. Desde su pueblo minero, desde el lecho que le tenía retenido, con la imaginación despierta hacia los mundos de lo fantástico y literario, Andrés Cegarra envía sus trabajos para el Suplemento y para Verso y Prosa. La función catártica de la literatura era ejercida esta vez no sobre el lector, sino sobre aquel autor que dictaba sus escritos, porque no podía escribir con sus propias manos, pero que tuvo la valentía de fundar una editorial y llevarla adelante.

Ahí están, pasados los años, los veinticinco volúmenes de autores murcianos de la editorial Levante, ahí quedan las propias obras de Andrés, ahí la admiración de todos ante este emotivo escritor. Alemán Sainz ha escrito de él palabras tan concisas y expresivas como éstas: «¡Patético Andrés Cegarra, con una contención creadora, con una elegancia decidida a no volverse personaje de autocompasión!»

Y es que, si algo se recuerda especialmente de este escritor, es su entereza ante el destino que le aparta a los veintiún años de la vida normal activa. Carmen Conde ha recordado: «Todos los que nos acercamos a él quedamos prendidos a su optimismo».

El que escribe estas líneas, sin conocer tan particulares detalles vitales, había ya analizado sus distintos escritos en la página y en el Suplemento, advirtiendo en todos los casos la profusión de imágenes y metáforas de su lenguaje tan rico e imaginativo de esos «Girones de prosa», con que frecuentó las revistas. Nos pareció normal en un autor de poderosa pluma las evocaciones de un mundo fantástico, marítimo, lejano. Pero, conocidos los pormenores de su vida, tales escritos se revisten del tono trágico de la imposibilidad y le conceden un muy humano sentido en el que se deja ver el alma desgarrada del joven escritor.

La admiración que podemos sentir por su persona, se ve aumentada por la consideración que nos merece como escritor, que compartimos plenamente con José Ortega y Munilla, el que más lo ha elogiado como tal, en el prólogo de Sombras, la colección de prosas que Cegarra publicó en 1919. Gaviota y otros ensayos, otro bello libro de prosas poéticas, aparecido en 1924, completa su producción.

Tanto el Suplemento como Verso y Prosa pudieron contar con este magnífico escritor que aportó a la revista el tono de lo imaginativo en los temas y de lo finamente concebido en el lenguaje.

Francisco Javier Díez de Revenga y Torres

(Del Discurso de Ingreso en la Academia Alfonso X el Sabio)



PROSAS VARIAS

ESTE MIEDO...

Este miedo a la muerte, este horror al Final...

Para la carne, reposo de piedra. Luego, pudrirse no es sino transformarse, acaso en rosas...

Para el alma, ¡qué júbilo! Vuela, soplo inefable, sobre los valles hondos y la llanura inmensa de los mares inquietos, vuela sobre los bosques, y las ciudades, y los campos, y la espalda robusta de las sierras. Y más arriba. Vuela sobre las nubes y los vientos. Y más arriba. Vuela hasta los luceros de la noche. Y más arriba, más arriba aún...

¡Oh, ambicioso deseo! Cabalgando sobre el lomo de fuego de una estrella errante, ir de mundo en mundo, como las ígneas mariposas de la fauna del vacío. Ir hacia lo remoto con afán insaciado, novia siempre la proa del más allá... Perderse en los abismos infinitos, sin esperanza de retorno. Y súbitamente, encontrarse humillado a los pies de Dios. Y que una voz suavísima y potente —como un trueno sonando en una flauta— diga, llenando el orbe de sonora dulzura:

—Acércate, hijo mío...

PROA TAJANTE

Se la llevó el blanco navío para nunca volver. ¡Mar adentro, proa tajante! Hinchábanse de brisa las panzas de las velas, graciosas combas niveas como pechos de gaviota... ¡Proa tajante, mar adentro!

¿Por qué no hice de mi corazón trémula navicilla, raudo esquife rojo, breve barco de coral? Lo hubiera propulsado la hélice del carriño, mar adentro, proa tajante...

ESTALACTITAS

¿De qué escondido hidrofiliacio del espíritu vienen las lágrimas? Interiores y dolorosas filtraciones nutren su venero de amargos jugos, destilados en el complejo alambique del Dolor.

Manáis siempre —¡merced altísima!— en esa gran caverna resonante que es el alma de los poetas, lubricando su sensibilidad. Y allí, por obra vuestra, van formándose las estalactitas de los versos, maravillosamente...

SI DIJERA...

Si dijera este horrible pensamiento que se mueve en mi mente, esta idea lívida, untuosa, reptante, vermiforme, esta idea larga y pajiza que es como una tenia cerebral...

SILENCIO

Está tan lejos, pero... Vaya este soplo, como el aire, por encima del mar:

Este amigo, de pronto, sin interés, de una manera laxa, quizá tan sólo por llenar el silencio, os pregunta:

—¿Te acuerdas?

¡Ciencia prodigiosa y difícil del disimulo, colosal esfuerzo íntimo para frenar el corazón, sismo del alma cuyas convulsiones no estremecen el músculo más pequeño del impasible rostro! Sencillamente respondéis:

—No.

Y otra vez el silencio, con su invisible garra.

AURORA

Se buscará lo inédito, aun sabiendo que no ha de ser hallado. Siempre el rostro hacia la aurora, hacia todas las auroras. Y no levanten diques, los excelentes profesores fosilizados, para contener las pujanzas de la marea nueva; esto la irritaría. Quede libre, plenamente, y veréis cómo ella misma se repliega, luego de un fracaso de espumas... ¿Podría surgir de los ampos rompientes otro avatar de Venus? Por si acaso, súmese a la tormenta nuestro humilde fervor...

BRISA, VIENTO

Había una brisa dulce, caricias de no se sabe quién. Pero se hizo fuerte y fría: viento. ¿Qué ha ocurrido en el cielo que amedrenta a los ángeles? Bajaron ellos cerca de la tierra, y oreaban nuestras frentes con los abanicos de sus alas. Ahora se han asustado. Y en el rápido vuelo de la huida levantan este viento, frío y fuerte...

DESILUSION

¡Oh, desencanto, cruel ponzoña, cómo has entrado en mí! Qué inútil, qué ridículo, este pobre empeño de transmutar en literatura mi dolor...

UN CUENTO

LA CALDERA (*)

Francisco, el fogonero, hizo tragar al horno algunas paletadas de hulla. Después se irguió, limpiando con el duro dorso de su diestra las gotas de sudor que le bajaban por la frente, y así dejó en ella unas grandes manchas oscuras, semejantes a las que tiznaban su ropa. Y como sacudiera la tos su recio pecho, escupió un salivazo como de tinta.

Miró el reloj. Las seis. Ya se iniciaban en las altas ventanas de la nave, las primeras tenuísimas luces crepusculares, como un lejano y frío destello.

Negro por obra del carbón, rojo por la alta temperatura y por los encendidos reflejos del hogar, estaba feo Francisco; con el cuerpo giboso, sus largas piernas zambas, deformadas, nudosas, los simiescos brazos enormes, y aquella cara extraña, donde brillaban unas alucinantes pupilas, y donde parecía la boca una sucia sima abierta entre la tumefacción de los labios belfos...

A las siete —pensaba— vendría Manuel el maquinista. Vendría contento, alegre, rebosando el corazón de felicidad... Habían sido la noche antes sus esponsales con Matilde, aquella deliciosa muchacha del arrabal, bella y buena, que tanto lo quería: la misma moza a quien Francisco, hacía un año, habíase atrevido a cortejar, despertando la risa de ella y de todo el barrio.

Recordaba éste ahora, temblando de rabia, lo que le sucediera aquella tarde... Un amigo de la fábrica, que sabía escribir, trazó la carta de amor, llena de palabras sonoras y bonitas, que no entendía del todo. Con ella en el bolsillo se fue a la calle de Matilde, hacia la hora de la tarde en que la moza se sentaba en su puerta, ya terminados los domésticos quehaceres, muy lavada, muy peinada, en el pecho y en la cabeza dos manojos de flores campesinas, de esas que nacen solas en los días de sol... Llegaría decidido hasta ella, entregarla el sobre y le diría: «Esta noche vendré a su ventana a recoger la contestación». ¡Aquella ancha ventana de los rojos claveles!

(*) TVE emitió una versión de este cuento, firmada por Carmen Conde y protagonizada por Germán Cobos y Esperanza Alonso.

Entró en la calle con paso firme. Palideció de emoción. Ella, en efecto, estaba allí, en su puerta, sola, mirando jugar a unos muchachos que llenaban la tarde con sus voces alegres y violentas... Sucedió a Francisco algunas veces, que los golfillos de los barrios bajos hiciesen burla de él. Y apenas le hubieron visto, corrieron a su encuentro y comenzaron a gritarle: «¡Jorobeta! ¡Jorobeta!» En otras circunstancias los hubiera hecho callar bien pronto. Pero ella lo miraba... Y siguió adelante, envuelto en la burlona luz de aquellos ojos, rodeado de los insolentes chiquillos que le seguían llamando jorobeta, cada vez más audaces, sorprendidos de su indiferencia de autómeta. Y así pasó ante la moza, sin mirarla, serio, lento, grotescamente digno. Y la mocita no pudo reprimir su risa, desbordada a torrentes, en crueles carcajadas...

La odió desde aquel día profundamente, sin dejar de quererla...

¡Y se casaba con Manuel muy pronto! ¡Este Manuel burlón, guapo y sano, de recias y rectas espaldas normales, que llamaba, por risa, tortuga al fogonero! «¿Dónde estás, galápago? —entraba gritando todas las mañanas—. Y esa caldera, ¿tiene ya la presión? ¡Vamos a trabajar!»

¡Oh, sí! Cuando el maquinista viniese tendría toda la presión la gran caldera, capaz de transformarse en gigante arma homicida por un entorpecimiento *involuntario, imprevisto*, de sus complicados mecanismos...

Paralizó primero el aparato que da agua a la caldera; después, abriendo todo el tiro, avivó cuanto pudo los fuegos del hogar; lo cargó de hulla luego; tras de grandes esfuerzos finalmente, logró impedir el funcionamiento de la válvula de seguridad. Y comenzó el manómetro a subir, lento, fatal, seguro, inexorable...

Llegaría pronto a una presión peligrosa; no era difícil sostenerla hasta minutos antes de la llegada de Manuel. Entonces huiría Francisco, a paso de lobo, mientras quedaba el otro frente a la inminente catástrofe, inevitable, arrolladora...

Y unos minutos antes de las siete entraba el maquinista. ¿Cómo notó en seguida que ocurría algo anormal? Su primera mirada, rápida, antes de advertir la ausencia del fogonero, fue para el manómetro. El corazón quedósele paralizado por el asombro, por el terror, por la duda también. ¡La aguja del aparato marcaba diez atmósferas! —¡Francisco! ¡Francisco! —clamó con una voz que no era la suya, voz de horror y de congoja, por él y por todos los hombres que trabajan confiadamente alrededor del monstruo congestionado—. «¿Qué es esto? ¿Qué ha pasado aquí?».

El fogonero estaba lejos ya. La máquina seguía impasible su rítmica marcha, de monótono y acompasado son. Y en las entrañas de la caldera rugía la muerte...

¡Diez atmósferas! Se restregó con fuerza los ojos, pellizcó sus brazos, y volvió a mirar. Eso, sí, marcaba el manómetro: ¡diez atmósferas... y media! ¡La máxima tensión, improrrogable ni un minuto! No había instante que perder. ¡Oh! ¿Dónde estaba Francisco? Entre los dos acaso podrían apagar el fuego; pero él solo... ¿Y abrir las válvulas, cerrar el tiro, dar la marcha al inyector de agua y a la máquina misma, podrían evitar la explosión? ¡Qué aturdimiento en su cerebro y en su voluntad! Hacerlo todo a un tiempo... ¡Esto no podía ser! Una cosa tras de otra, forzosamente... Pero... ¿cuál primero, cuál más importante, cuál decisiva? Corrió al aparato que da agua a la caldera: ¡parado! Lo puso en marcha. En dos felinos saltos de gigante llegó al tiro: ¡abierto! Lo cerró. En seguida, para consumir fuerza, dio a la máquina toda la marcha... Miró al manómetro: ¡once, Dios mío! ¿Y la válvula de seguridad, por qué no funcionaba?

Pensó en huir. ¿Tendría tiempo... ya? Dudó un instante, algo como un relámpago de espanto que alumbró su cerebro. Vio a esta luz lívida su propio cuerpo destrozado por la metralla. Y entonces llegó hasta él, desde una de las altas y rumorosas naves, el canto de un obrero, ajeno, como todos, al peligro. Y Manuel se decidió a subir sobre la caldera. Quedaba la esperanza de que allí en el piso refractario por donde surge la gran válvula, llegase a hacerla funcionar. Era esto casi un suicidio. Pero seguía aquel canto dulce y lejano, inundando toda la fábrica con sus olas de armonía, entre el argentino golpeo de los martillos y el grave zumbido de los aparatos; y ya no pensó en él, sino en quienes trabajaban confiadamente, seguros de la pericia de estas manos, un momento cobardes, temblorosas...

Saltó hasta lo alto del generador, rápido, agilísimo, sometiendo sus músculos a una tensión enorme. Y vio que para abrir la válvula era preciso un hierro recio y largo; una fuerte palanca y un sobrehumano esfuerzo.

Bajó. Buscó el hierro. Todo esto en segundos, en fracciones de segundo. Y no halló más que una larga barra casi metida en el hogar, y a tal temperatura que al pretender cogerla dio un grito de dolor, dejando en ella la piel de los dedos.

¿Perdió el tiempo preciosísimo, el tiempo que era su vida y tantas otras vidas en buscar un hierro frío, que hubiera sido encontrado tarde, que ya no hubiera remediado nada? ¡Oh, no! Manuel cogió la barra, fiero y sublime, con ambas manos. ¡Debieron chirriar sus dedos en un inconcebible hervor! Empuñó aquel hierro, obsesionado, extraviado, demente de una sublime locura; saltó sobre la caldera apretándolo con

sus manos, que ya no eran manos, sino dos sangrientos y horrorosos carbones, y formó la palanca que la válvula exigía. Y sus músculos, y su voluntad y Dios la hicieron saltar, y se precipitó por ella, con furia apocalíptica, una inmensa columna de vapor sibilante, blanco penacho que atrajo a los obreros junto al inanimado cuerpo de Manuel, rendido a la fatiga y al dolor, a la emoción y a la alegría, y así no sintió cómo llenaban de besos y de lágrimas las heridas monstruosas de sus heroicas manos...

Tardó mucho en curarse. Le amputaron la diestra y tres dedos de la otra... Y desde el hospital fue a casa de «ella», tembloroso de duda...

—¿Me quieres ahora? ¿Me quieres así? —y mostrábale el horror de sus muñones...

Matilde abrió los brazos, y lo apretó muy fuerte contra su corazón.

PAISAJES

LA RAMBLA

La rambla es ancha, ancha como un río ecuatorial que se hubiera quedado seco. Pasan años y años sin que discurra una vena de agua por este formidable cauce, hondo y estrecho en la sierra lejana; ancho, ancho aquí en la llanura desnuda y abierta. Durante muchos meses del año, la arena de la rambla se halla tan caliente como la del Desierto: si la cogéis entre los dedos, antes de huir culebreando, os quemará como un hierro al blanco. En vano buscará el pájaro o vosotros el hilo trémulo de una fontana en el pedregal de este lecho. Si estáis en su centro, y los taludes marginales os vedan la visión de los pobres cultivos en los campos propincuos, y es julio o agosto, podéis creeros en el Sahara.

Paraíso de los lagartos, estas piedras quemadas y calientes. Piedras preciosas, esmeraldas, los ojuelos de estos animales fríos y rápidos, enanos de los saurios, caricaturas de cocodrilos, cocodrilos venidos a menos en el enorme río seco que es la rambla.

Hace mucho tiempo, uno, dos, tres siglos, las hermosas montañas donde la rambla nace, estaban vestidas de bosque, traje suntuoso de pinos y de encinas que los hombres del llano fueron arrancando a jirones. En toda la cuenca de la rambla sólo queda un pino muy viejo, arrugado como un labriego de noventa años empeñado en vivir. Por carcomido y escleroso, el único hombre del llano que no ha emigrado todavía lo desprecia desde su casuca. Pero este invierno sin lluvias arreciará el frío; una mañana transparente, con cuchillos de helada en el viento, el último hombre del llano abatirá al último pino del monte, venderá su cadáver y se marchará lejos en la bodega hedionda de un barco de emigrantes.

Ahí quedará la rambla ancha, ancha como un río ecuatorial que se hubiera quedado seco. Un otoño cualquiera lloverá por cinco años en una sola noche. La rambla transformada en río verdadero arrastrará a la abandonada casuca borrando toda huella de trabajo y de humanidad en el páramo que hace uno, dos, tres siglos tenía fontanas con risa de agua corriente y huertos con risa de hombres felices, cuando la hermosa montaña vestía su traje de encinas y de pinos.

MONTAÑAS AZULES

Vistas en lontananza parecen las montañas talladas en zafiros hialinos y gigantes. Y mi ambicioso espíritu se ha enamorado de ellas, y ardientemente las desea, y en su busca, ilusionado, sin reposo marcha y marcha...

Cuánto milagro atesoráis, enormes moles remotas: medrosas cuevas entrecruzadas por las estalactitas, rugidores torrentes, altozanos suaves, eminencias abruptas, impenetrables bosques como el mar rumorosos, agujas atrevidas donde anidan las águilas, enhiestos picos que la bruma envuelve como un airón esbelto. Y habéis enamorado a mi alma, bellas montañas de ópalo y turquesa, y hacia vosotras vuela este inquieto espíritu mío, a quien fascina todo lo azul.

Y hacia vosotras vuela. Llega al fin. Estremécese de ventura. Va a poseeros, y el infinito anhelo será saciado.

Sin embargo... ¿Qué acerbo desencanto se infiltra en él? ¿Por qué no encuentra ahora los quiméricos bosques, las traslúcidas piedras preciosísimas, las soñadas cavernas, palacio de los gnomos que no existieron nunca? ¿Quién ha cambiado aquel impecable azul de gema de la lejanía en algo áspero, sucio, terroso, mineral?

Vista de cerca la montaña es fea. Apártate, alma, de ella. Desde lejos tornará a parecerse deseable, y verás otra vez pintadas de añil sus cimas. Pero no intentes acercarte jamás. Romperíase el encanto de este espejismo embellecedor que, como tantos otros, nos hace idealizar todas las imposibles y lejanas cosas. Y así llenan nuestra vida de ficciones, y con ellas acaso somos dichosos, porque decir mentira es decir ilusión...

EL ALAMO

He visto una casita rural con un pozo junto a la puerta, y al lado del pozo, un gracioso álamo que tiene el tronco lleno de arabescos y las hojas de color de plata con polvo; un álamo legítimo, no cabe duda. Y como la casa está en lo alto, en la tierra seca, y el agua del pozo es amarga, el dueño de todo tiene amarrado a su álamo al modo de un perro labrador: es que pasa el río cerca, un poco más a lo hondo, con su agua dulce y renovada, tan alegre y tan fresca. Pienso que si el dueño de todo suelta a su álamo, el gracioso árbol se marchará hasta el río como un libertado perrito labrador.

NOCHE DE SEPTIEMBRE

Si el equinoccio no adelanta uno de sus inconscientes zarpazos, estos primeros días de septiembre son el más bello regalo que el año puede hacernos. Tiempo de madura plenitud, tiempo en sazón perfecta, de jugosa pulpa frutal; y en su corazón, la amarga almendra del otoño presta a germinar poderosamente.

Ha perdido ya el cielo ese blanquecino esmeril, humaredas de horno, que le puso la canícula, y de nuevo tiene el gran zafiro su magnífica transparencia. En las albas y en los ocasos palpita una promesa de colorísimos rojos. Y por todo se diluye una melancolía balbuciente, una tristeza recién nacida, gota de acíbar en la miel que acaso por esto nos parezca más dulce.

Cuando la noche ha cubierto a la tierra con sus alas corvinas, una inmensa paz lo baña todo como agua inmóvil. ¡Qué deleite entonces, dejarnos a la espalda la ciudad epiléptica y meternos campaña adentro, por los rizados caminitos rurales que no se sabe dónde van!

Por ambas márgenes del sendero caprichoso, quieta tropa de arboledas dobladas con la dulce carga de las pomas. La tenue luz de las estrellitas apenas basta para envolver las cosas en un resplandor de luciérnaga; mas ya está aquí la bonachona, mofletuda luna, derrochando su plata impalpable; ella sabe afilar las dos lanzas de nuestra mirada, que vuela hasta el paredón lejano de una sierra, por encima de la maraña de los huertos o de la cárcava del río. En lo más sumido de la fosa fluvial había unos harapos de niebla con el propósito de parecer fantasmas; se disuelven, asustados por la luz astral. Un ave de presa, ojos fosfóricos y blando plumaje, corta las sombras con un chasquido largo y descendente, de seda que se rasga. Y el cielo nos parece la frente enorme de un Polifemo negro y descomunal, porque se abrió del todo esa pupila de la luna. Y por ese agujero blanco se han puesto a soplar unos ángeles trasnochadores: brisa. El fino viento trae en sus brazos el perfume de las toronjas verdes todavía, el aliento de las apopléticas granadas, el áspero olor de los membrillos anémicos, como si el tiempo hubiera abierto su arca de coloso para cambiar las vestiduras exiguas del verano por un prieto ropón. Todo callaba como dormido, y oíd al instante los murmullos que se alzan en coro; nadie sabrá nunca traducirlos fielmente, y da gozo escucharlos, sin embargo. El silbo de los pinos es el ensayo de una música de flautas; los domesticados naranjos dicen abonico cosas lentas y sesudas; unos álamos se entretienen en imitar con cierta maña el ruido de un chaparrón; y las tiesas cañas rubias, con sus plumeros grises y sus hojas cortantes, ¡qué escándalo han movido, qué chismorreos de vecinas en el mercado, cuánta fantástica mentira se han puesto a contar con prisa, todas a la vez!

Con esto, lógicamente, se asustó el vientecillo descolgado desde la luna y allá se fue trotando hasta los montes, para esconderse como alimaña herida, en sus cuevas profundas. ¡Bajará cualquier día robusto y vengativo, hollándolo todo con sus cien mil pezuñas invisibles, y tronchará las cañas, y los naranjos y los álamos como si fuesen cañas también!

Ahora, ¡qué silencio! En sus pausas, sentimos el monorritmo fresco del río, casi exangüe, ladridos de canes vigilantes, un estridor de élitros, y cuando se cansan estas voces desconcertadas, de aquí el compás de nuestro corazón, que piensa ser el centro del mundo, soberbiamente. ¡Y ruedan, en la altura, millones de astros!

De modo inesperado, apagan y encienden rojos faroles en aquel temeroso rincón celeste: relámpagos. Y un escalofrío de miedo sacude a la campiña como un sismo. Las palmeras, esas verdes arañas encaramadas en lo sumo de sus finos troncos, ven desde sus atalayas lo que acontece al otro lado del confín, y poseídas por el más grande pánico, se ponen a cabecear diciendo, al mismo tiempo «sí» y «no». Por aquella celeste rinconada, tan temerosa, ha metido el otoño la punta horrible de su bestial hocico.

EL ESPARTO

Esta fibra de esparto, seca, rígida, esa fea fibra de esparto, ¡cómo se agarra a la peñota, a la entraña de granito del galayo! En la suma altura del galayo orgulloso se levanta con audacia inmóvil. Y en todo su corpachón milenario y durísimo, sólo ha podido ese esparto hincar el largo, fino diente de su raíz. Medrados jugos los que da la piedra, y así ha nacido ese vegetal ahilado, tenso y punzante como la hipertrofia de una espina. Mas ¡qué maravillosa cuerda de arpa esa espina hipertrofiada, allá arriba, en el seno de la orgía de los vientos! El viento del norte, el de tierra, el del páramo, el viento del ocre y de los caminos, el viento febril en estío y glacial en invierno, el viento de la sequía y del polvo, el viento sucio, hace llorar al esparto, de calor, de frío, de asco, de sed. El viento del sur, el del mar, el viento mediterráneo, el viento del agua y del azul, siempre tibio como una respiración humana, el viento que trae la dulce niebla y el regalo de la salina humedad, el viento sano y limpio hace cantar al esparto gozosamente de bienestar y de alegría. La cabezota pétreo del galayo no comprende lo que dice esa humilde voz, y se empeña en tapar al esparto la bella visión marina. Y no piensa el coloso en que la fina raíz le va mordiendo lentamente el dorso de granito, hasta quebrarlo en un fracaso de alud.

¡Al fin ladera abajo con estruendo de trueno los cien pedazos de la cumbre! El esparto quedará arriba, frente al mar, cantando la canción del aire tibio, húmedo y salino, cantando dulcemente, como una cuerda de arpa, sin saber lo que ha hecho...

VERANO

La herradura de arena de la playa enlaza los dos promontorios de rocas negras. En esta barrera repetida, las olas se dejan su rabia para llegar domesticadas, sin fuerza ni furia, a la alfombra de finos topacios donde se clavan las patas de los barracones estivales. Delante de ellos, en el agua mansa, cabecea la escuadrilla de las barcas pesqueras. Y está varada una de las naves, en jubilación de vejez, tendida sobre un costado como una bestezuela herida e inútil.

Ya no sirve esta barca para nada; tan bien como saltaba sobre las olas, en el deshecho temporal, y sorteaba la barra en quiebros ágiles, y sabía dar al viento la gran ala de su vela. Ahora ya, no es más que un armadijo de maderos podridos.

Día de calma. Bochorno espeso. El mar está durmiendo la siesta. La luz del sol es lumbre. Los hombres que faenan en las redes sudan penosamente. Esta damisela de la ciudad, vestida de tenues telas, gime bajo el agobio del tremendo calor. El agosto del Mediterráneo es un poderoso horno encendido.

Y bajo la sombra escuálida de la barca inútil, su viejo patrono, rumiando añoranzas, vuelto de espaldas al mar, tiembla de frío.

EL VALLE

Por lo más hondo repta el río. El valle es ancho, circular, encinturado de eminencias humildes y gredosas hacia una banda, ásperas y enriscadas por la otra parte, la del Sur. El río es humilde, de caudales magros, que en estío se soterran en una arena de oro, retostada, desértica; bajo su ardiente capa movediza, queda escondido el húmedo tesoro, que vuelve a ver la luz en los primeros días otoñales para copiar los fastuosos crepúsculos de púrpura, de fuego, de ámbar, de topacio. Son aguas gordas, rojas, sucias, que sedimentan en las jarras una costra de almagre. Y en los remansos trémulos, donde el río quiere detenerse para alongar su vida, ya miedoso del mar, parecen sus caudales una emulsión de sangre y cielo...

Ambas riberas nutren a los rizomas de las cañas, de foliación en bayoneta, y a las malélicas adelfas, y a los esbeltos juncos y mimbreras que hace vibrar la brisa con agrarios silbos. Sobre esta flora a ras de agua, se levantan —caen en desmayo triste— las ramas de los sauces, y el grupo musical de los grandes álamos con los troncos leprosos y las hojas temblantes. Vencido ya el talud del cauce, breves cuestras gemelas, comienza el naranjal que huele a novia en desposorio, el naranjal maravilloso cortado por viales de moreras artificialmente desnudas. Aquí y allá se abre la apretada fronda, y otros árboles en fruto, de un verde nuevo y delicado que no conoce el invierno, que ha nacido de besos del sol marzal, arraigan en los huecos del bosque oscuro y nevado de azahares y allí van hinchando los cálices de sus flores hasta hacer de ellas pomas.

Cuando la tierra se empina en promesa de monte, deja de recibir el halago del río. Entonces brotan de ella los contorsionados troncos del olivar, con la empolvada plata de sus copas, y los finos almendros que el sol de enero cubre de rosas impacientes. Y si la tierra insiste en la empinada, y la promesa de monte llegar a ser realidad, abren los pinos sus sombrillas verdes para encubrir los afloramientos de piedra silíceas, armazón y esqueleto de las cumbres. Más arriba, las fibras del esparto sirven de pobres cuerdas de arpa al rabioso viento de montaña. Y en lo cimero, los galayos desnudos, que saben hendir con sus cuchillos de pedernal el fofo vientre de la tormenta. Desde los pétreos lomos, se adivina el Mediterráneo, lontanamente, como una condensación de cielo...

¡Oh, el gran manto de cielo que cubre este paisaje, la limpia y comba lámina de zafiro que es su fanal! Sólida agua azul de lagos irreales. Por ella, dulcemente, bogan los cisnes de unas nubes...

La tierra, enamorada del alto azul, quiere llegar hasta él, apasionadamente. Se levanta la sierra con ese loco intento. Mas cansada muy pronto del esfuerzo de cíclope, se hunde en los precipicios, se deprime en barrancos pavorosos... Y la llanura, entonces, intenta herir al cielo con las puntas de lanza de los cipreses o el verde surtidor de las palmeras...

NOTA BIOGRAFICA DE ANDRES CEGARRA SALCEDO

Nace en La Unión el 3 de mayo de 1894. Muy niño todavía, enferma. Anquilosis progresiva. Bachillerato y Magisterio. De 1912 a 1914 desempeña el cargo de Director en el Liceo de Obreros de La Unión. A los 16 años la primera conferencia y el primer artículo en un periódico de Gijón.

En 1911 funda el periódico literario «Juventud».

A los 21 años termina toda relación con el mundo exterior. Reducido a una total inmovilidad busca entonces la compensación en la literatura. Su extraordinario talento se agudiza con el dolor, su sensibilidad portentosa se exalta, y ya totalmente apartado de los caminos de los hombres, aparecen los primeros títulos: «Sombras», «Olvidar», «Gaviota»... Colaboraciones asiduas en la prensa de Madrid, Murcia... Centenares de poemas y cuentos. Sobre su ruina corporal, el alto vuelo de su prosa cincelada, vigorosa y admirable.

En 1918 funda la Editorial Levante, cuya fecunda labor divulga los mejores libros regionales de la época. Cuando trabaja en una importante antología de autores murcianos, le sorprende la muerte.

En 1934 se publica una edición-homenaje que, en un cuidado volumen, recoge parte de su obra.

En 1935 se le da el nombre de Andrés Cegarra Salcedo a una de las principales calles de su ciudad.

En 1953, justamente a los 25 años de su muerte, La Unión rinde a su memoria un magno homenaje, patrocinado por el Excelentísimo Ayuntamiento de La Unión, al que junto a autoridades y pueblo, se suman numerosos escritores y artistas, descubriéndose una lápida en la fachada de la casa que Andrés habitó hasta su muerte. Mas tarde, la Caja de Ahorros de Alicante y Murcia, dio el nombre de Andrés Cegarra Salcedo al Aula de Cultura de su sucursal de La Unión.

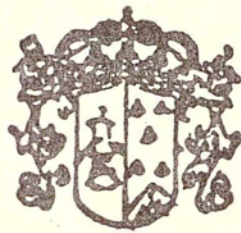
Recientemente, con motivo del cincuenta aniversario de su muerte es nombrado, a título póstumo, Hijo Predilecto de La Unión.

En la literatura murciana queda, inmarcesible, el nombre de Andrés Cegarra, truncado por la muerte en plena juventud, escritor unionense que supo —y de qué admirable modo!— transmutar su dolor en literatura.



Impreso y encuadernado en los
Talleres - Escuela de la
IMPRESA PROVINCIAL
Acisclo Díaz, 8 - MURCIA

Depósito Legal: MU-143-1978



Edición - Homenaje
Excmo. Ayuntamiento de La Unión (Murcia)